



¿Excelencia o desarrollo de la individualidad? una reflexión crítica a partir de algunas aportaciones clásicas . Castien Maestro, Juan ignacio.
jicastien@hotmail.com

1. Objetivos o propósitos:

El concepto de “excelencia” ha alcanzado una gran difusión en los últimos años. En los más diversos campos de actividad proliferan los rankings que jerarquizan a las personas y a las organizaciones según sus específicos logros. La universidad se ha visto claramente afectada por esta corriente de pensamiento. En el plano docente, su nivel de excelencia habría de plasmarse en la formación de profesionales igualmente excelentes y en el investigador habría de hacerlo por su asimismo excelente producción y difusión del conocimiento. Esta preocupación por el logro resulta encomiable y está ayudando a combatir vicios muy arraigados en esta institución como el clientelismo y la mentalidad rentista. Sin embargo, también conlleva sus propios problemas, vinculados a la imposición de unos modelos de evaluación excesivamente formalistas y abstractos, que violentan el desarrollo de las dotes concretas de los distintos individuos.

Nuestro objetivo en esta comunicación estriba en reflexionar brevemente acerca de esta contradicción. Con este fin, vamos a explorar la filosofía general que subyace a estas particulares ideas sobre la excelencia. En esta misma línea, vamos a rastrear también algunos de sus fundamentos sociológicos, procurando vincularla con distintas facetas del proceso de modernización y de racionalización. Partiendo de los hallazgos conseguidos, abogaremos por una concepción teórica y práctica más compleja, en donde la idea de excelencia se integre dentro de una totalidad más amplia, lo que habría de ayudar a neutralizar los efectos alienantes de su empleo unilateral.

2. Marco teórico:

Nos hemos servido en lo fundamental de las reflexiones pioneras de Max Weber (1964) acerca del vínculo entre la modernización social y el predominio progresivo de una razón instrumental abstracta y formal. Esta concepción teórica ha sido posteriormente reelaborada por algunos destacados representantes del llamado “marxismo occidental” (Anderson, 1979), como Lukács (1985), Horkheimer y Adorno (2005) y Marcuse (1985), quienes la han enriquecido de un modo decisivo, remitiéndola a la contraposición entre el pensamiento formal y el pensamiento dialéctico, lo que les ha permitido servirse de ella como una herramienta crítica de primer orden contra las formas de alienación propias de las sociedades modernas.

Organizado por:





3. Metodología:

Esta comunicación constituye una reflexión teórica. La metodología utilizada ha sido la habitual en los trabajos de esta índole. Se ha partido de un problema general y se han desarrollado sus distintas facetas, apoyándose para ello en las reflexiones previas de un conjunto de autores consagrados. De tales reflexiones se ha tomado aquello que parecía encajar con la problemática que se estaba definiendo. En algunas ocasiones ha sido también precisa una labor de reelaboración de ciertos conceptos con el fin de adecuarlos mejor al marco teórico que se estaba esbozando aquí. No obstante, las limitaciones de espacio nos han impedido profundizar en varias cuestiones. De ahí que este trabajo haya de ser entendido como una primera tentativa todavía un tanto ensayística.

4. Excelencia versus individualidad

Partiendo de estos referentes teóricos, vamos ahora a explorar más a fondo la compleja dialéctica entre el logro de la excelencia y el desarrollo de la idiosincrasia individual. Podemos entender la excelencia como el grado de máximo de cumplimiento de los objetivos dentro de un determinado campo de actividad, de acuerdo con los criterios de valoración establecidos para el mismo. Cualquier definición de este género tiene que encarar luego dos grandes tareas. De un lado, se necesitan unos indicadores acerca del grado de cumplimiento de los objetivos postulados. Del otro, se hace preciso determinar cuáles van a ser exactamente los criterios con arreglo a los que se van a establecer esos objetivos en concreto. Ambos problemas se encuentran a menudo claramente interrelacionados. Cuando lo que se busca ante todo es dotarse de unos indicadores simples y fácilmente cuantificables, la selección de los criterios definidores de la excelencia ha de subordinarse a este objetivo prioritario. De este modo, va a optarse por una definición de la excelencia centrada en sus dimensiones más fácilmente cuantificables. Se produce, con ello, un claro estrechamiento de la misma. Este hecho no deja de suponer una plasmación específica de otro mucho más extendido en la sociedad moderna. Los conceptos son operacionalizados, pero en vez de entenderse esta operacionalización como una determinación parcial de los mismos, se la absolutiza, de tal manera que el concepto, con toda su riqueza, queda reducido a esta determinación parcial y, por lo tanto, radicalmente empobrecido (cf. Lukács, 1985: 43-44; Marcuse, 1985: 114-150). Tiene lugar, así, una supeditación de la reflexión teórica a las exigencias de un método de cálculo, invirtiéndose con ello la jerarquía más lógica entre ambos. Esta inversión obedece no solamente al predominio de unos estilos de pensamiento muy arraigados, sino también a un conjunto de exigencias sociales en un sentido muy amplio. Vivimos en sociedades de gran tamaño y con una fuerte integración interna. Las personas se encuentran interactuando constantemente entre ellas de manera indirecta, a través de toda una red de instituciones. En tales condiciones, se hace preciso dotarse de unas reglas lo más claras y sencillas posibles, que puedan aplicarse sobre una inmensa variedad de situaciones particulares. Así, esta

Organizado por:





estandarización, como aspecto particular de la burocratización, no deja de constituir un fenómeno lógico en una sociedad como la nuestra, como ya nos enseñó Max Weber (1964).

El problema estriba en que con demasiada frecuencia se la aplica de una manera unilateral, sin servirse al mismo tiempo de otros procedimientos que podrían compensar sus derivaciones negativas. Estas derivaciones negativas son varias. La primera, y principal, de ellas consiste en la insuficiente valoración de lo particular. Los casos particulares van a poseer todo un conjunto de características no tomadas en cuenta por los criterios que se les aplican y que, por lo tanto, resultarán irrelevantes en relación con ellos. La realidad es aprehendida únicamente allí por donde puede serlo (Horkheimer y Adorno, 2005: 64-65). El inconveniente de este procedimiento radica en que aquello que no es tomado en consideración puede resultar, sin embargo, de gran relevancia en cuanto que componente de una realidad específica que necesita ser aprehendida, en ocasiones, de un modo global, como una totalidad integrada. Pero esta apreciación sesgada de una determinada realidad en lo que ella es en un determinado momento puede conducir también con suma facilidad a una concomitante captación limitada de sus potencialidades evolutivas. Aquí reside una segunda derivación negativa de este sesgo estandarizador. Cualquier realidad ha de ser contemplada en términos dinámicos. Por lo tanto, ha de tomarse en consideración no sólo lo que es, sino también lo que podría llegar a ser. Y evidentemente, si lo primero resultado mutilado, también lo será lo segundo (cf. Marcuse, 1985: 151-170). Esta suerte de mutilaciones desde el punto de vista intelectual puede dar lugar, a su vez, a una tercera derivación negativa. En el plano práctico, es muy probable que se experimente una intensa presión para adecuarse a los criterios de excelencia imperantes, lo que puede implicar, en muchos casos, una renuncia a todos aquellos elementos no tomados en cuenta por tales criterios. Se produce, con ello, una clara presión a favor de la homogenización y, por lo tanto, en contra del desarrollo de las distintas facetas particulares de cada individuo.

Todas estas tendencias generales parecen fácilmente reconocibles en las reformas que se están implantando en el ámbito educativo. Pero en su caso estas derivaciones negativas pueden presentar una especial gravedad. La razón reside en que precisamente la educación debería constituir un medio para desarrollar las diferentes potencialidades individuales del educando. Siendo ello así, el énfasis en una excelencia definida en términos demasiado estrechos supondría una excesiva presión en pro de la homogeneidad, lo que amenazaría con bloquear el desarrollo de muchas de estas potencialidades individuales. Sin duda este riesgo puede ser atenuado, hasta un cierto punto, encaminando al estudiante hacia distintas disciplinas, regidas por criterios de excelencia parcialmente diferentes, en función de sus potencialidades e inclinaciones individuales. Pero el problema resurgirá, si luego dentro de cada una de estas áreas el criterio de excelencia vuelve a quedar definido con excesiva rigidez. Aparte de este primer inconveniente, existe el problema añadido de que cada disciplina debe ser concebida en términos dinámicos, no como un sistema acabado de competencias y conocimientos, sino, por el contrario, como un sistema en desarrollo. Educar no ha de

Organizado por:





ser sólo transmitir lo ya conseguido, sino también enseñar a avanzar. La mejor forma de hacerlo consiste en la propia práctica. Así, enseñanza y creación han de discurrir hasta cierto punto unidas. Este aserto resulta especialmente cierto en el nivel superior de la enseñanza, el universitario, en donde docencia e investigación alcanzan su máximo nivel de articulación. Pero la creación no es una actividad lineal. Implica errar y deambular. Implica también construcciones a medio hacer y con frecuencia precarias. Todo ello exige una evidente tolerancia hacia los errores y las carencias inherentes a la experimentación. Apresurarse en exigir resultados excelentes bien homologados puede desincentivar entonces esta necesaria experimentación, para promover un fácil academicismo, correcto pero poco creativo. El afán por la experimentación requiere también del desarrollo de una cierta capacidad para la rebeldía, para la autoafirmación individual contra las reglas establecidas, en abierta oposición al imperativo de adecuarse como sea a ellas. Esta defensa del valor de una cierta rebeldía, sobre todo en las etapas formativas de la vida, es compartida por autores encuadrados en corrientes de pensamiento de lo más diverso, desde idealistas neokantianos como Eduard Spranger (1935), hasta neofreudianos como Erikson (1975), pasando por cognitivistas como Jean Piaget (1964).

Frente a esta tendencia hacia el formalismo han de adoptarse distintas medidas. Nos parecen especialmente importantes las referentes a la conformación de un marco de relaciones sociales parcialmente diferente de aquel, que, como hemos apuntado, favorece este predominio de una razón formalista e instrumental. Se trata, entonces, de recrear un espacio hasta cierto punto segregado de esta dinámica social. La universidad de tipo tradicional, la anterior a la actual ola de “reformas” inspiradas por la ideología neoliberal, constituye justamente un espacio de este género. Sus vicios tan denunciados hoy en día no son a menudo más que la cara negativa de ciertas virtudes a menudo ignoradas. Su endogamia posibilita no sólo el clientelismo, sino también una selección basada en un conocimiento más profundo de los candidatos que el dependiente de ciertos ítems curriculares. La densidad de las relaciones humanas, ligada a una escasa movilidad espacial, no sólo favorece un espíritu de cuerpo cerrado, sino también la paulatina asimilación de la sabiduría de otros. Finalmente, la ausencia de excesivas premuras por generar curriculum no sólo brinda cobertura a los perezosos, sino también a quienes necesitan tiempo para madurar unas aportaciones intencionalmente originales

5. Conclusiones:

A lo largo de esta breve reflexión hemos tratado de mantener un punto de vista equilibrado, compaginando la crítica contra una visión excesivamente formalista de la excelencia con un reconocimiento de su vertiente positiva. Ciertamente, cuando esta creatividad y esta rebeldía a las que hemos estado aludiendo son desarrolladas de un modo demasiado unilateral, se desaprovecha el patrimonio ya disponible, con grave merma en los resultados alcanzados. Se impone además una especie de laxismo, para el que todo vale, que conduce directamente a una marcada pérdida de rigor. Pero el

Organizado por:





problema fundamental es hoy en día el de la unilateralidad contraria. Alcanzar una posición equilibrada no parece sencillo, pero creemos que uno de los procedimientos principales para alcanzarla estriba en distinguir claramente los medios de los fines.

6. Bibliografía

- Anderson, P. (1979). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI.
- Erikson, E. (1975). *Historia personal y circunstancia histórica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Horkheimer, M. y T. Adorno (2005). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Editorial Trotta.
- Lukács, G. (1985). *Historia y consciencia de clase*. Ediciones Orbis: Barcelona.
- Marcuse, H. (1985). *El hombre unidimensional*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Piaget, J. (1964). *Six études de Psychologie*. Pays Bas: Denoel/Gontier.
- Spranger, E. (1935). *Psicología de la edad juvenil*. Madrid: Revista de Occidente.
- Weber, M. (1964). *Economía y sociedad. Ensayo de sociología comprensiva*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Organizado por:

